

y opondremos el sorprendente cuadro de los rehabilitados. Se nos argüirá con el 67 del siglo XVIII: replicaremos con el 67 del XIX.

Así es como al fin ha triunfado una causa tan llena de misterios por un lado, tan oscurecida, desfigurada y desnaturalizada por otro. Esta orden, decía en 1835 Mr. Saint-Mac-Girardin, catedrático de la universidad de París, en su curso de historia en la Soborna, hablando de la Compañía de Jesus, que incesantemente se habia ocupado en denigrarla: "esta orden ha sido el objeto de muchas acusaciones; pero habiendo pasado el tiempo de su favor, ha llegado para ella el de la Historia." Tan explícita é ingénua confesion, hizo notable eco en los periódicos de aquella Capital. Los de más nombradía la copiaron, y Mr. Jules Janin, liberal muy conocido y uno de los principales redactores del Diario de los Debates, no pudo dejar de exclamar en el suyo al transcribirla. "¡Valor grande! ¡el nombre de Loyola se ha rehabilitado completamente por un profesor universitario! Convenid conmigo en que este es un inmenso progreso: al fin la enseñanza entra en las sendas de la justicia."

CAPITULO I.

Situacion de la Compañía de Jesus en su segundo siglo.

En 1740 comenzaba á contar la Compañía de Jesus su tercer siglo. Al concluir su primero se habia publicado una obra de la más bella literatura, en que se referian las glorias del nuevo cuerpo en todo género de trabajos, religiosos, literarios, sociales y civilizadores, que aunque autorizados con los documentos más auténticos y hechos los más públicos, no dejó de ofrecer materia á la crítica de sus muchos malquerientes y contradictores. Esto movió á los superiores á determinar prudentemente, que no volviese á aparecer escrito semejante; sino que en el retiro de sus casas, los jesuitas diesen gracias á Dios por todos aquellos beneficios, que eran considerables, pues esa segunda centuria de la Orden habia excedido á la primera en todas sus gloriosas empresas; solemnizándola con ejercicios espirituales y otras prácticas piadosas, que inclinaran al Dador de todos los bienes á la continuacion de sus favores para dar lleno á los altísimos designios, con que para su mayor gloria la habia colocado en el seno de la Iglesia Católica.

Sin mencionar otros progresos, la Compañía de Jesus, pequeña planta en 1540, habia llegado á ser un árbol frondosísimo, cuyas ramas cubrían á todo el mundo. En la época de que hablamos, el gobierno de la Compañía de Jesus se dividía en 5 Asistencias que comprendian 39 Provincias, 24 casas Profesas, 669 Colegios, 64 Noviciados, 176 Seminarios, 335 Residencias, 223 Misiones, 22,787 Jesuitas, entre los cuales habia 11,010 sacerdotes: número muy considerable, si se atiende á las circunstancias de aquel tiempo, tan poco favorables á los institutos religiosos, no menos que á las continuas persecuciones de que habia sido blanco la nueva orden desde su nacimiento.

Efectivamente, mandada por Dios la Compañía de Jesus en los tiempos más calamitosos á su Iglesia, para servirla de un nuevo socorro, debia en el órden de su Providencia, como lo ha hecho notar Balme, proporcionar á sus necesidades, el remedio que le ofrecia. La nueva religion venia á pelear con los enemigos del Catolicismo: ella en consecuencia debia tener las armas necesarias para sostenerse en aquella lucha incesante y sin treguas.

“No hay más que abrir la historia, escribía en su famoso dictámen de 1815 el fiscal del Consejo de Castilla, y se verá al Papa Paulo III pública é insolentemente escarnecido por la corte de Inglaterra y despreciado por la de Dinamarca, Brandeburgo, Sajonia y Palatinado, desobedecido por una gran parte de los cantones Suizos y por las ciudades Anseáticas. Se verá á la Francia mal satisfecha de la conducta pontificia; al Emperador que se queja de ella; al Rey de los Romanos que se opone á los decretos de Su Santidad; á Venecia que le disputa sus derechos; á Toscana que le ocupa sus ciudades, y en fin á los Luteranos, Zuinglianos y Calvinistas que á la sombra de protecciones poderosas insultan á sus Legados en las Dietas generales, en los coloquios y papeles públicos, y aún á vista, ciencia y paciencia de los príncipes soberanos del imperio.—Tal era la situacion de la silla apostólica cuando S. Ignacio acordó el voto especial de la obediencia al Sumo Pontífice; y cuando fortificó el vínculo comun de la sumision católica con la protesta oficial del rendimiento y servicios suyos y de sus hijos á la disposicion de la cabeza visible de la Iglesia.” Y si á este triste cuadro que presentaba la Europa en el siglo XVI, que podíamos ampliar mucho más, se agrega la inmensa gentilidad recién descubierta en las Indias Orientales y Occidentales, se conocerá desde luego el inmenso horizonte que se presentaba á la nueva orden religiosa para sus trabajos apostólicos; así como la innumerable escuadra de enemigos que tenía que combatir para satisfacer cumplidamente la mision á que la destinaba la Providencia.

Los Jesuitas lo abrazaron al momento de una sola mirada. Debían comprimir los espantosos progresos de aquella herejía, que simultáneamente á su aparecimiento en el mundo, acababa de dividir en dos la antigua República cristiana, y que no era otra cosa en el fondo que la duda bajo la forma de Biblia; debían salvar el porvenir religioso de la Europa dando á la juventud una educacion fuertemente católica; debían reconquistar entretanto con las misiones en Asia, África y América, el terreno que el inmortal Oceano habia perdido en otras costas; debían inocular el cristianismo por la ciencia á la antiquísima civilizacion China, y al mismo tiempo hacer brotar en el seno de la vida salvaje una sociedad entera, que realizase los más bellos sueños de Platon; y para dar cumplido lleno á estos designios, debían ligar por la unidad de la regla de los votos las variedades del talento individual, las aptitudes diversas del celo, las mismas cualidades propias de cada nacion, fijando la extremidad de esta viviente cadena en la roca indestructible sobre la que Dios estableció su Iglesia.

Dejando para otra vez las Misiones de los Jesuitas y los admirables frutos que aplaudió en ellas todo el catolicismo, limitémonos por ahora á manifestar cuáles fueron, y cuántos laureles coronaron

sus esfuerzos en Europa sobre el protestantismo. La lucha allí debia ser porfiada por el número de sus adversarios, la proteccion que se les dispensaba, y sobre todo por la libertad de costumbres que él introducía y la parte que tomaba en desatar á los pueblos tanto del rendimiento debido á la cabeza de la Iglesia, cuanto á la obediencia á las autoridades temporales, produciendo así en lo religioso como en lo político la mas funesta anarquía.

Los primeros enemigos, pues, que saltaron á la arena contra los Jesuitas fueron los protestantes; enemigos, tanto más temibles, cuanto que hinchados con su ciencia, fieros con sus primeros triunfos, y nada escrupulosos en los medios de atacar á sus contrarios, sin respeto alguno ni la menor consideracion; cuando se veian en peligro de ser vencidos, á falta de razones acudian á los dictorios, ultrajes, calumnias, sin perdonar las más reprobadas vías de hecho, como la proscripcion y aún el asesinato. Los escritos de sus principales corifeos; Lutero y Calvino, cuyas vidas, entre otras de los sectarios, ha publicado Oudin con los documentos mas justificativos, nos relevan de toda prueba.

Los Jesuitas, sacrificando en las aras de su celo, su honor, libertad y aún su misma vida, aceptaron el combate, y todos los escritores luteranos y calvinistas convienen de buena fé en que ellos fueron principalmente los que contuvieron los progresos de su pretendida reforma. Y esta opinion no solo es la de los protestantes antiguos, como Puffendorf, Bayle y el célebre Grocio, sino el de los historiadores modernos de la misma comunión, como Juan de Müller, Schoell y el famoso Leopoldo Ranke.

Escuchemos á este último por todos. “En 1551, dice el imparcial historiador, los Jesuitas aún no tenían situacion fija en Alemania; en 1566 ocupaban la Baviera y el Tirol, la Franconia y la Suavia, gran parte de las provincias del Rhin y la Austria; habian penetrado en Hungría, Bohemia y Moravia. Desde luego se percibieron en todas estas partes los efectos de su influjo. En 1561 aseguraba el Nuncio del Papa que ganaban muchas almas y hacian un grande servicio á la Santa Sede. *Este fué el primer impulso durable anti-protestante que recibió la Alemania.*—Los Jesuitas trabajaban sobre todo en perfeccionar las universidades; y bajo este aspecto sus sucesos fueron prodigiosos. . . . Esta direccion religiosa, partida de las escuelas, fué propagada por la confesion y la predicacion en todas las clases de la sociedad. *Este movimiento religioso es acaso sin ejemplo en la historia del mundo.* ¿De aquí debe concluirse que el protestantismo no habia echado todavia raíz en las masas, ó debe atribuirse esta revolucion á la hábil propaganda de los Jesuitas? A lo menos no les faltó celo ni prudencia. . . . ¿Se hallaba en algun lugar un luterano versado en la Biblia, cuya opinion imperaba sobre sus vecinos? Emplea-

ban ellos todos los medios de convertirlo, y lo conseguían casi siempre, pues tan habituados estaban á la controversia. Manifestábase caritativos, asistiendo á los enfermos, trabajando en reconciliar á los enemigos y comprometiendo con juramentos sagrados á los que devolvían á la fé. Los mismos sucesos tuvieron en Polonia. Poco tiempo ha, escribía en 1598 un Nuncio del Papa, se habia creído que la herejía acabaría por destruir el Catolicismo en ese reino; pero fué al revés, el día de hoy el Catolicismo entierra á la herejía." [1].

Aun podíamos citar otros muchos documentos, como los de Beausset, Macaulay y hasta periódicos protestantes, como el "Jersey Chronicle" entre los modernos, é innumerables confesiones de los primeros sectarios, como Botero, Balduino, Beza, Melancthon, Gratzler y otros sin fin, que convienen en que los defensores privilegiados del Papado Romano y los más acérrimos enemigos de los progresos de la exención de los derechos pontificios, fueron los Jesuitas, á quienes no daban otro nombre, que el de granaderos, ujieres y guardias de corps del Pontífice, afirmando temerariamente que el Catolicismo habria venido á tierra, á no ser por los trabajos de aquella falange de *Papícolas*. Pero basta lo dicho para probar un punto sobre el que existe una entera evidencia histórica por ninguno contrariada, de que los Jesuitas siempre tuvieron por su mayor y más ardiente enemigo al protestantismo, sin distincion de tiempos y lugares; pues como ha dicho Mr. Lenormant, miembro del Instituto de Paris: "Yo no admito de ninguna manera la distincion que algunos establecen entre el principio y fin de los Jesuitas. Al contrario, ellos me asombran por su unidad y su perseverancia." [2]

El protestantismo, en consecuencia, debe contarse entre los enemigos más fuertes con que combatía la Compañía de Jesus en el tiempo de que nos ocupamos. Este enemigo era de tal gerarquía que la lucha sostenida en su contra sin duda fué desde sus principios una de aquellas en que resalta más todo el valor, toda la prudencia y todo el saber, de que haya sido capáz una órden religiosa. Escuchemos otra vez al sábio profesor que se acaba de citar.

"No puede ponerse en duda, dice, el objeto formal y único que tenían los fundadores de la Compañía de restaurar el Catolicismo, conmovido y mutilado por la Reforma, ni puede negarse que al momento en que los Jesuitas se han puesto á la obra, la causa del Catolicismo no fuera, humanamente hablando, casi desesperada. Yo quisiera saber de buena gana quién en semejante situacion, entre la tiranía de la España y el paganismo de la Francia, el materialis-

[1] Historia del Papado en los siglos XVI y XVII, Tom. III pág. 40, 41, 42 y 43.

[2] "El Correspondiente," entrega del 15 de Mayo de 1844.

mo disoluto de la Italia y el mercantil de Inglaterra, una civilizacion refinada y muelle como en Florencia y aun en Roma, y costumbres todavía salvajes como en Alemania, ¿quién, repito, se habria manejado mejor que los Jesuitas?—El problema no podia ser más complicado. Consistía en sostener una autoridad conmovida por sus propios abusos; renovar el antiguo espíritu de la Iglesia del seno de riquezas corruptoras y de hábitos entorpecidos; provocar y realizar la reforma interior de la disciplina fatalmente aplazada por tres siglos, veinte veces emprendida y otras tantas abandonada por los Pontífices y los Concilios. Abrazaba tambien la difícil tarea de separar la cuestion del dogma y de la disciplina; manifestar la certidumbre é inmutabilidad de la tradicion; devolver los disidentes á una Iglesia cuya reforma disciplinar parecia desesperada; persuadir, en fin, á las tres cuartas partes de católicos de que la Iglesia no es un navío que puede salvarse del naufragio, arrojando al mar su cargamento y equipaje. Aun cuando los Jesuitas hubieran sucumbido en la parte que tomaron en el desempeño de una empresa tan gigantesca (y si el combate ha sido sangriento, debe convenirse en que el campo de batalla quedó en poder de los católicos); aun cuando, digo, hubieran sucumbido, deberian á lo menos ser absueltos en cuanto á la pureza de las intenciones que los han guiado. Esta justicia se las hará sin duda alguna la posteridad. (1)"

Lo que se ha dicho del protestantismo puede aplicarse con la misma exactitud á la secta de Jansenio, otro porfiado enemigo de los Jesuitas por el mismo tiempo. Así como la Iglesia Romana no contó en la primera lucha con defensores más fuertes que los Jesuitas, tampoco su presencia fué de un débil socorro en aquella tenaz pelea.

El jansenismo habia principiado á manifestar sus depravadas máximas desde el reinado de Luis XIII por la actividad de un cierto Abate de San-Ciran; especie de hipócrita fanático, á quien el cardenal de Richelieu hizo encerrar en una estrecha prision, diciendo que si se hubiese hecho lo mismo con Lutero y Calvino, no hubiera sido inundada la Europa de aquellos torrentes de sangre que sus nuevos dogmas hicieron derramar. Adquirió crecimiento durante el de Luis XIV; pero las providencias severas de este soberano, así como las censuras de la Iglesia y la resistencia sostenida del Episcopado francés, lo habia hundido bajo el peso del ridículo, hasta lograrse en 1730 que la Bula *Unigenitus* con las demás relativas fuese registrada en el Parlamento de Paris. No es del caso referir la historia de los desórdenes de esos sectarios, cubriéndose siempre con la máscara de católicos y atrayéndose toda clase de gentes con su hipocresía, espí-

(1) En el lugar citado.

ritu de mentira y la gran boga que adquirieron á su favor por algunos hombres dotados de elocuencia, erudicion, y que, cual tortuosas serpientes, se replegaban de mil maneras y sin desechar medios algunos con tal de que les fueran fructuosos; porque además de lo mucho que en el particular se ha escrito, nos alejaría demasiado de nuestro asunto. Limitémonos á darlo á conocer en sus máximas y en el ódio que desde su nacimiento profesó á los Jesuitas.

Por mucho tiempo se intentó persuadir á los incautos, de que el jansenismo no era otra cosa que unas disputas de teólogos, pero no de teología, y que su objeto solo fuera combatir la moral que se llamaba relajada; valiéndose al principio de arbitrarias explicaciones, ó alteraciones y falsificaciones más ó ménos notorias y chocantes, y despues, de la sátira, de la burla y la chocarrería tan fina é ingeniosa de Pascal. Estas últimas producciones [las cartas provinciales] si bien se crearon en su aparecimiento un partido de indiferentes favorables, al fin cayeron en el ridículo, fueron llamadas no solo mentirosas sino enfadosas, y combatidas no solamente por las personas católicas, sino aun por los libre-pensadores: "El libro entero de Pascal estriba sobre la falsedad, decia Voltaire; en él se aprende el arte de la burla, el de presentar cosas indiferentes bajo aspectos criminales, el de insultar con elocuencia. . . . Pero no se trataba de tener razon sino de divertir al público. . . . Me atrevo á decirlo, nada hay más contradictorio, más inícuo y vergonzoso para la humanidad, que acusar de moral relajada á hombres que pasan en Europa la vida más dura y van á buscar la muerte al cabo del Asia y de la América. [1]"

Lo que en religion fueron los jansenistas lo ha descrito un historiador del siglo pasado en estas breves palabras: "Todo el veneno destilado de las herejías de los siglos anteriores, fué acojido en el seno del jansenismo. Una doctrina perversa, injuriosa igualmente á la bondad y clemencia divina, que hacia crueles á los hombres, una severa moral, máximas y prácticas tan solo propias á inspirar el disgusto y hasta el ódio á la Religion, una hipocresía refinada, equívocos, engañadoras astucias, bellaquerías, maniobras combinadas con la mayor destreza para escapar de la autoridad, calumnias atroces para perder á sus enemigos; hé aquí lo que forma decididamente su carácter y los medios empleados por él para sostenerse y darse á temer, para propagarse, para obtener finalmente un absoluto dominio." Y esta opinion ha sido la de todos los escritores juiciosos y despreocupados de la época.

Las miras políticas las ha revelado Mr. de Balzac en éstos términos: "Las doctrinas de Puerto-Real, bajo la máscara de la devocion más extremada del ascetismo y de la piedad, eran una oposicion te-

[1] Carta del 7 de Febrero de 1746.—Siglo de Luis XIV, tom. II, pág. 355.

naz á los principios de la Iglesia y de la Monarquía. Los Sres. de Puerto-Real fueron bajo su hábito religioso los precursores de los economistas, de los enciclopedistas del tiempo de Luis XIV, de los doctrinarios del día, que solo querian cuentas, garantías y explicaciones, ocultando un espíritu revolucionario bajo las palabras de tolerancia y dejad hacer. La tolerancia, lo mismo que la libertad, es una locura sublime. Puerto-Real era una sedicion comenzada en el círculo de las ideas religiosas, el más terrible punto de apoyo de las más diestras oposiciones. . . . La Iglesia y la Monarquía no faltaron á su deber destruyendo á Puerto-Real." (1) Este juicio sobre las intrigas de los jansenistas no es de solo este escritor: Schoell, hablando de varios documentos ocupados á Quesnel y Gerberon cuando su prision en 1703, dice: "Se asegura que entre sus papeles se halló la prueba de que esta secta trabajaba para cambiar la constitucion política y religiosa de la Francia." (2) Voltaire no es menos explícito: "Se cojieron todos sus papeles, dice, y se encontró entre ellos todo lo que caracteriza un partido organizado." Y luego añade: "Se encontró entre los manuscritos de Quesnel un proyecto más culpable si no hubiese sido insensato. Habiendo Luis XIV enviado en 1684 al conde de Avaux á Holanda con plenos poderes para admitir á una tregua de veinte años todas las potencias que quisieran entrar en ella, los jansenistas, bajo el nombre de discípulos de San Agustin, habian imaginado hacerse comprender tambien en la misma, como si hubiesen sido un partido formidable, como lo fué durante mucho tiempo el de los calvinistas." (3)

Y no carecían de razon al tener esas miras, porque aunque, como se ha dicho, despues del registro de la Bula de Inocencio X y otras providencias civiles habia disminuido notablemente el crédito de la secta, con todo, siempre contaba muchos prosélitos, con su obstinacion y su tortuosa conducta, así en la época de la publicacion de la Bula, como despues de 1740, segun veremos más adelante. "Vióse, dice el anónimo citado anteriormente, á la cabeza de su secta á personas de la corte; y alguna dama de primer rango, que bajo el velo de afectadas austeridades y de una reforma luminosa, cubría ó creía borrar las manchas de una juventud pasada en los placeres, se declaró su protectora. Penetró esa secta hasta en los asilos de la piedad, donde religiosas fieles á su estado y á sus deberes, vivían en la feliz ignorancia de las cuestiones sobre el dogma; pero imbuidas en estos nuevos errores, no les quedó otra cosa que un orgullo indomable, una terquedad de loco y una abierta rebelion contra las órdenes de

(1) Revista parisiense, 25 de Agosto de 1840.
(2) Curso de hist. de los Estados europeos, tomo XXIX, pág. 94.
(3) Siglo de Luis XIV, tomo III, cap. XXXVII, pág. 153.